

Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas y tamaños, quizá por haberlas tomado en abundancia en casa de las gemelas.

Y es que todas las mujeres que conocía, sin excepción, eran generosas con él.

Claro que tampoco podía considerársele un amante tacaño, dado que les ofrecía, además de mucha ternura, toda la fuerza física que poseía; pues consideraba que eso era lo que ellas buscaban en los hombres, haciéndoles desearlos con vehemencia.

Él simplemente lo daba todo, y a cambio recibía lo que se merecía.

La verdad es que tenía mucha suerte comparada con otros africanos, especialmente los chaperos, o los que se acostaban por dinero con mujeres mucho más mayores.

Aunque en ciertas ocasiones a él no le había quedado más remedio que buscar el amparo de esas pobres señoras gordas cincuentonas a las que nadie quería y de las que el mundo occidental estaba lleno.

Al parecer se trataba, como casi todo, de un modelo de alimentación y modo de vida americano que los españoles habían comenzado a padecer desde hacía tan sólo unos treinta años.

Según le habían contado, la dictadura les había hecho permanecer aislados del resto del mundo civilizado, y hasta la muerte de Franco tenían tan sólo lo justo para no perecer.

La gente habitaba el campo, criaba animales y trabajaba la tierra, hasta que en el ochenta el país se había llenado de carreteras y supermercados.

Las mujeres tenían antes otro papel social, y en vez de pasarse el tiempo libre de tiendas, como había escasez, se las arreglaban para nutrir con materias primas baratas a su familia.

Lo cierto es que le costaba imaginarse una España así, pues la imagen que ofrecía ahora era la de una abundancia descomunal.

En el fondo se alegraba de ser pobre y no dejarse llevar por los pecados capitales, ya que el exceso resultaba tan nocivo para los cuerpos y las almas como la privación.

A veces se preguntaba si el mundo no debiera estar mejor repartido, y en vez de tantos tratamientos para adelgazar, la gente podría conformarse con una cantidad razonable de dinero, y destinar el resto a los que realmente pasaban hambre, e incluso morían de inanición, como sucedía en su país.

Eso lo había hablado con las gemelas, y claro que estaban de acuerdo en que se trataba de una idea lógica que les encantaría poder llevar a cabo.

Pero ellas no tenían ese problema, ya que se repartían el sueldo de una entre las dos, con lo cual no les sobraba nada, y además estaban siempre acompañadas.

Lo que también le parecía muy triste era ver cuánta gente vivía sola y precisaba de animales de compañía para ofrecerles afecto y cuidados, cuando tantos seres humanos carecían de ellos por completo.

Como eso nunca lo había ni siquiera imaginado antes de llegar aquí, le resultaba sorprendente, e incluso tenía reflexionado sobre las razones, llegando a la conclusión de que los perros sustituían a tanto a las parejas como a los hijos.

Y a veces se preguntaba si también realizarían con ellos prácticas sexuales.

Suponía que habría de todo, pero a los hombres eso les iba seguro, no hacía falta más que ver la cantidad de machos que gozaban de encolar a sus semejantes, y la prueba era que por diez euros muchos de sus conocidos ofrecían ese tipo de servicio.

Aunque lamentablemente, según le habían contado, eso también lo demandaban muchos de los que trabajaban como representantes de las ONGs al saberse poderosos frente a la miseria absoluta.

Sin embargo, la verdadera caridad, como los pasteles de fresa con los que sueña, eran cosas de mujeres amables, dulces y misericordiosas, de verdaderas diosas.